

LA EDUCACIÓN Y LA PAZ

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

Quiero ubicar un poco las perspectivas que me guían en la interpretación del momento o de la época que vive Colombia para que se encuentre más lógico el sentido de la transformación educativa desde el punto de vista de la búsqueda de la paz. Desde una perspectiva filosófica, lo educativo tiene que ver con los fundamentos mismos de la sociedad, con la naturaleza y las características del Estado y, por lo tanto, los cambios tienen que proyectarse en temas como las relaciones culturales dentro de los colombianos, como la transformación de los sistemas de producción, como la modificación de las relaciones entre gobernantes y gobernados, como las relaciones entre empleadores y trabajadores, como la distribución del ingreso y

como las propias relaciones internacionales de Colombia.

Los Grandes Cambios

Cambios en profundidad, de magnitud, se vieron en el siglo XVI cuando llegó España con su cultura y sus valores, con sus criterios de organización social, económica y política; no se establecieron de manera fácil, requirieron en ese siglo profundas contradicciones con lo que aquí existía. Implicaron actos de violencia numerosos y terribles y se tradujeron en un compromiso o en un problema en el cual llegaron a participar por lo menos dos o tres generaciones. Después los cambios que pudieron darse en el siglo XVII y en el siglo XVIII, al menos hasta la última parte, ya no fueron estructurales, eran ajustes normales dentro de las estructuras establecidas a partir del siglo XVI. De allí a fines del siglo XVIII comienza la segunda eta-

* 29 de septiembre de 1988. Conferencia en la Pontificia Universidad Javeriana. Adaptación realizada por la Redacción de REVISTA JAVERIANA.

pa de cambios estructurales que se tradujo en modificaciones sobre todo en los temas mencionados y que solo vinieron a realizarse y a madurar al cabo también de varias generaciones en torno de la Independencia y en el comienzo de la República. La tercera etapa de cambios estructurales es la que estamos viviendo. Yo diría, para tratar de ubicar una referencia que tiene que ver con realidades externas o internas, que esto comenzó hace por lo menos sesenta años; que ya ha afectado varias generaciones y afectará la presente en la medida en que la actual generación sea capaz de interpretar esas realidades y de diseñar las nuevas estructuras sociales y políticas; así podremos ahorrarle sacrificios a la próxima generación. Los tres períodos de cambios estructurales se han dado simultáneamente en América Latina y todo este sector del mundo se encuentra sacudido hoy por profundas transformaciones que requieren ser conducidas, para poder avanzar como sociedad, para poder tener un papel en el mundo y para poder satisfacer las necesidades de quienes integramos estos países.

Veamos un poco el panorama: Se sacude Centroamérica, se conmueve México, en el Caribe hay turbulencia general; la región del Perú se encuentra en un abismo muy profundo; Chile se estremece como una nación virtualmente dividida; Argentina, Brasil, Uruguay, a su turno, sienten el impacto de cambios profundos que no han acabado de definirse ni desarrollarse. Venezuela comenzó a vivir otra fase, de su evolución política, social y económica, y allí no es difícil predecir que habrá contradicciones mayores, más serias que las vividas en otras épocas. Ecuador y

Bolivia tienen serios problemas en la organización de la sociedad y el Estado. Tenemos que mirar también esa perspectiva porque está relacionada con nosotros, influye en nuestra propia evolución y la solución que requerimos tiene que darse con elementos colombianos pero con perspectivas, menciones y proyecciones latinoamericanas para que pueda satisfacer los interrogantes y los requerimientos que están planteados en las contradicciones actuales de nuestra sociedad y de nuestro país.

La deuda externa, el narcotráfico, la revolución urbana, la revolución demográfica, la transformación de los sistemas políticos, la dificultad para definir instituciones perdurables, eficaces, los obstáculos para dominar inclusive los territorios, son problemas comunes a los latinoamericanos, que pueden darse dentro de nuestro país, en especiales manifestaciones, más agudas y serias y más dramáticas de lo que se están presentando en el resto de los países de América Latina. No son cambios fáciles; son dolorosos porque son cambios, además, de conciencia colectiva, y estos, como ocurre con los individuales, generalmente solo se producen después de tener vivencias dolorosas.

Dentro de ese marco de la naturaleza de los cambios que están en curso en nuestro país, podemos explicarnos mejor por qué es tan difícil encontrar soluciones eficaces y por qué el reto es tan complejo y tan grande. La nación tiene que estar preparada para vivir y seguir viviendo durante un buen número de años con nociones difíciles. No podemos caer en la tentación de

pensar que de manera simple y fácil encontraremos las respuestas y las soluciones que permitirán superar esta clase de dificultades y estas crisis. Hay cambios, pero en contraste con todos los que se vieron en el pasado, los de nuestro tiempo tienen un ritmo mucho más acelerado como no se había dado probablemente en ninguna otra época de la historia y por eso la interpretación de estos cambios se hace tan difícil, tan compleja y no puede ser la obra de un partido, de unos dirigentes, sino tiene que ser un proceso de toda una nación con el concurso de todos sus protagonistas e integrantes y de todos sus factores.

Educación y Paz

Establecido ese marco paso al tema que me fue propuesto, porque naturalmente la agenda que se desprende de un marco de esa naturaleza supondría tratar muchísimos otros temas, y lo que voy a hacer después de proponer esa visión telescópica es pasar un poco a la visión, no voy a decir microscópica, pero sí específicamente limitada, de lo que ocurre en el sistema educativo o en la realidad de la educación colombiana incluyendo dentro de ella lo formal y lo informal.

¿Qué tiene que ver el sistema educativo, la educación colombiana con la violencia, con la dificultad para lograr la paz? Yo creo que para contestar esa pregunta habría que plantear otra simultánea: ¿Por qué el ser humano es violento? Cuando el ser humano decide ser hostil y cuando en él se multiplican los deseos de destrucción y en qué medida el sistema educativo puede ayudar a que eso no ocurra o a que esas

energías se canalicen con un sentido no destructivo sino constructivo. El ser humano es agresivo, es violento, cuando se siente frustrado, cuando ha fracasado, cuando percibe algún tipo de complejo de inferioridad. Al contrario, cuando se siente seguro, con todo lo que pueda implicar seguridad, cuando se siente realizado, no es violento.

¿Hasta qué punto el sistema educativo colombiano o la realidad de la educación colombiana frustra, o hasta qué punto por lo satisfactorio o no de la oportunidad educativa se fracasa en nuestra sociedad o se dan elementos que se traducen en complejo de inferioridad? La violencia está ligada con este proceso, no en forma proporcional, pero sí como uno de sus ingredientes. La violencia está ligada con la crisis de valores, con la descomposición de la sociedad, con la crisis de la familia y todo esto tiene que ver con el sistema educativo. La violencia está ligada también, en el caso colombiano, con el ciclo demográfico: con el hecho de que nunca como ahora en Colombia había habido tanta gente menor de veintinueve años, entre dieciséis y veintinueve años, que se encuentran en una fase especial de su existencia de integración a la sociedad en donde empiezan a comprobar qué tan idóneos fueron los instrumentos que les otorgó la sociedad educadora en el sentido más general, para desempeñarse en la vida, y qué tan grandes son las oportunidades que se les ofrece para trabajar.

Nunca como ahora Colombia había tenido, en términos absolutos y en términos relativos, tanta población ubicada en esta etapa demográfica y por eso la violencia

también tiene una relación muy estrecha con la juventud. Son jóvenes la abrumadora mayoría de los guerrilleros, de los desempleados, de las personas involucradas en el problema del narcotráfico, como productores, como distribuidores, como consumidores. Son jóvenes, además, la inmensa mayoría de los presos existentes en el país; yo siempre he tenido presente un dato que me dieron cuando fueron ministros de Justicia Rodrigo Lara y Enrique Parejo: el promedio de edad de los presos del país oscila entre veintiuno y veintidós años, lo cual indica cómo está de relacionada la crisis de la nación con una franja generacional y la dificultad de la sociedad para integrarla y para darles garantía de una realización como seres humanos en el conjunto de los procesos colectivos, y también el sistema educativo se acerca al problema por otro camino en la medida en que existe inmenso desempleo profesional, una inmensa incertidumbre en la juventud por lo que será su porvenir, por lo que será la calidad de la educación que ha recibido para poderse vincular al mercado laboral, y para poder tener una realización en el trabajo.

Un replanteamiento total de la educación

¿Qué se puede hacer frente a todo este cuadro? Creo que hay que tener en cuenta algunos criterios y dar algunos pasos; pienso y así lo he propuesto al presidente Barco, que en este momento es especialmente importante para el país realizar un nuevo examen total de la educación en Colombia pero no referido únicamente a su funcionamiento presupuestal, a su funcionamiento

administrativo, a sus contenidos, a su filosofía, o a sus instrumentos. Creo que hay que examinarlo todo, debe hacerse un gran ejercicio nacional sobre qué es este sistema educativo, para saber qué pasa con él; hacerlo para poder organizar otras hipótesis, para poder darle un sentido a otros esfuerzos.

Comparto la tesis de que Colombia necesita, entre sus cambios constitucionales, un cambio en los artículos correspondientes de la Constitución, para decirle a la nación qué hipótesis de sociedad nos guía, qué es lo que queremos construir, por qué hacemos una lista de derechos y deberes en nuestra Constitución, qué principios políticos estamos dispuestos a compartir todos los colombianos. Cuando le demos respuesta a esas preguntas en lo que hagamos como reforma de la Constitución, tendremos que seguir mirando otras cosas para detallar los instrumentos con los cuales realizaremos lo que proponga la Constitución y entre esos instrumentos tendremos que mirar la totalidad del sistema educativo, un sistema educativo que tenemos que evaluar, sobre la base de que educar al hombre es educarlo en todas sus dimensiones, como un ser completo, como un ser que necesita educación física, educación intelectual, educación ética, educación emocional, psicológica, educación estética.

Nuestro sistema educativo ha cambiado frente a lo que existía hace veinte años, veinticinco años, hay cambios significativos, importantes. Ha habido un gran esfuerzo de educadores colombianos por buscar una nueva visión de lo que deben ser esos sistemas y reflejarlos en la legislación,

en los programas, en las actividades de las instituciones educativas, públicas y privadas; pero infortunadamente en todos esos años nunca se ha presentado la oportunidad de hacer un examen total. Ese examen total lo requerimos con una doble visión: la del pasado que es indispensable siempre en todo sistema educativo para entender que éste existe para transmitir la herencia colectiva, para que las generaciones actuales le digan a las nuevas, a las futuras generaciones, qué es lo perdurable, lo importante de lo que conocen, de lo que saben, de lo que piensan. Pero un sistema educativo tiene que pensar que si va a transmitir esa herencia lo hace para seres humanos que van a vivir en una sociedad futura, a los cuales vamos a tratar de darles unos instrumentos de diversa naturaleza para que puedan desempeñarse en esa sociedad. Sin embargo, como han dicho muchas personas que han examinado este tema en Colombia y en el mundo entero, porque es un reto planetario, la paradoja es que nos toca educarnos o educar para un mundo que desconocemos. No es sencillo, suponer cuáles van a ser las características de la sociedad, en veinte años, porque los cambios llevan un ritmo de tal naturaleza que necesariamente hay que hacer algo de prospectiva o de futurología para que no resulten obsoletos los instrumentos que con la mejor intención proporciona la sociedad ahora a la actual generación, pensando que le van a servir en su desempeño futuro.

Evaluar la educación

Los cambios en la educación, en los sistemas educativos, tienen además, otro factor muy importante para considerar que hace más difícil

el manejo del problema y es que no hay cambio educativo que se pueda evaluar con seriedad mientras no transcurran entre doce y quince años para ver las consecuencias de lo que se ha hecho. Colombia necesita entender que los cambios estructurales que requiere no se darán, no serán posibles, sin una nueva perspectiva de la educación colombiana y una nueva apreciación de la sociedad sobre lo que hace y debe hacer el sistema educativo en ella. Nosotros hemos señalado desde hace varios años, e insistimos en ello, porque no es una meta lograda aún por el país, que como uno de los supuestos indispensables de la modernización de Colombia, es necesario asegurar como mínimo nueve años de educación gratuita y obligatoria a la totalidad de los colombianos. Si no se hace, será imposible integrarnos a los valores, a los instrumentos de la sociedad moderna, a la construcción de una democracia verdadera, seria, auténtica; será imposible asegurar condiciones de libertad y de justicia.

Educación y desigualdad

Esto tiene que ver con procesos siempre mencionados y que es necesario reiterar: hay una desigualdad en el sistema educativo previa al mismo sistema, que comienza con los problemas de desnutrición existentes en nuestro país, en las realidades sociales que condicionan al sistema educativo para su desempeño; hay un problema previo en las desigualdades que existen en los propios hogares, en las desigualdades que hay en la sociedad, y que muchas veces el sistema educativo ratifica, acentúa, aun cuando no tenga la intención de hacerlo. Para

dar una idea de ello me parece oportuno citar una experiencia de 1971, cuando se hizo una investigación sobre el vocabulario de los niños en tercero de primaria en Bogotá, que se encontraban en escuelas públicas o en planteles privados, y se encontró que mientras un niño de escuela pública de ocho años manejaba un promedio de mil doscientas a mil cuatrocientas palabras, un niño de plantel privado, de la misma edad, ya manejaba un vocabulario de mil ochocientas a dos mil palabras, lo cual da una idea de que antes de que opere el sistema educativo o al menos en el umbral de la influencia del sistema, ya hay unas desigualdades que están cambiando las posibilidades del sistema, están condicionando al sistema educativo en su influjo respecto de los estudiantes y en su capacidad unificadora de la nación porque esa es una de las funciones esenciales de un verdadero sistema educativo.

La verdad es que en una época de cambios de esta naturaleza, tenemos que ponernos de acuerdo en cuáles son o cuáles podrían ser los paradigmas de la justicia social en nuestro tiempo; no hay una respuesta única ni permanente, la propia evolución de la sociedad transforma los valores y las referencias para entender qué es justicia social, y eso se puede explicar en una experiencia muy significativa que es la propia experiencia de la Iglesia. Quien examine la evolución de las encíclicas en un poco más de un siglo sobre estas materias, encuentra que en cada una de ellas a la hora de proponer los elementos de juicio sobre lo que es el paradigma de la justicia social hay una renovación, hay un enriquecimiento propio de

la misma transformación que se ha dado en la sociedad, y los colombianos necesitamos aclarar en nuestra Constitución y a partir de ella, en todas las orientaciones del Estado y de la sociedad qué es lo que entenderíamos como paradigma de justicia social, qué es lo que entendemos como derechos humanos que deben ser aseguradas y que deben inspirar a las instituciones los instrumentos de la vida general del país.

Educación y justicia social

Parte de la justicia social tiene que ser garantizar unos derechos mínimos educativos. Hace un tiempo pudo ser una meta nacional alfabetizar, pero hoy es una meta muy pobre, completamente insuficiente. Hoy es necesario asegurar muchos otros contenidos y funciones propios del sistema educativo. Es necesario asegurar, por ejemplo, que todos los colombianos aprendamos a comunicarnos, a razonar y que, además, busquemos otras metas en el propio sistema educativo pretendiendo ya no solo alfabetizar sino formar.

Educar para convivir implica muchas cosas: implica educar para aceptar el pluralismo, educar sobre todo para inculcar unos valores de amor a la vida y al trabajo, implica educar para las relaciones interpersonales.

Dicen con razón los educadores en casi todo el mundo, que la mayor parte de los trabajos, las actividades que cumplirán los seres humanos que están cumpliendo ya y que van a cumplir cada vez más, tienen que ver con el trato de la gente y, sin embargo, no se les ha educado para la relación interpersonal, no se les

ha educado para el pluralismo; se les ha educado con otra referencia, con otros criterios y esto ha influido en nuestra sociedad. Hay que educar para aprender a manejar los problemas, para entender que siempre hay que manejar problemas y, además, la paz no consiste en que no haya problemas; lo normal en la vida del ser humano es manejar dificultades, retos, encrucijadas y, entonces, el ser humano necesita ser formado dentro del sistema educativo para desarrollar ciertos valores que cuentan en todo esto: aprender a ser creativo, a participar, a administrar; hay que educar para la participación.

Podemos proclamar en la Constitución Nacional, como lo deseamos todos, que ahora vamos a pasar de una democracia representativa a una democracia participante, pero corremos el riesgo de que ese texto muy bien intencionado y sabio de la Constitución se nos quede escrito, como tantas otras cosas. Debemos formar las nuevas generaciones buscando que asuman el máximo de responsabilidades, porque participar es aprender a ejercer responsabilidades, es aprender a ejercer poderes no a delegar poderes; por eso tiene tanta importancia pedagógica desde el punto de vista de pedagogía política lo que busca hoy la nación con el desarrollo de la democracia local, porque para educar para la democracia es necesario vivir la democracia en los más diversos niveles, empezando por los que son próximos al individuo. Siempre se ha dicho que si el hombre no puede influir en las cosas más próximas a él, menos podrá influir en las que están más remotas, más distantes. Si el hombre no puede

influir en la vida de su comunidad, en el gobierno de su comunidad, si no tiene los instrumentos para hacerlo, menos vamos a poder pretender que influya en el manejo de la nación, en el gobierno de la nación.

Educar para la participación

La democracia local, además, desde el punto de vista de la educación para la participación, es una manera de educar con la realidad y no en abstracto porque allí hay otro problema de nuestra educación, las dificultades que tiene para ubicarse dentro de la realidad y para superar la interpretación de la sociedad. A partir de conceptos simplemente abstractos para lograr esa educación, que permita participar, que permita vivir en un sistema democrático, para que esa participación sea eficaz y no simplemente declarativa, hay ciertos temas en los cuales el sistema educativo debe prestar especial atención.

En primer lugar, yo creo que los colombianos tenemos que preocuparnos mucho más profundamente por nuestra historia y por los estudios históricos. Somos una nación con muy precaria memoria colectiva y así es muy difícil entender qué somos, así no es posible encontrarle reactividad a nuestro país, así no es posible entender qué es lo que han estado haciendo las generaciones anteriores y qué es lo que nosotros recibimos de ella y qué es lo que le da sentido a nuestra propia acción sobre nuestra sociedad y sobre nuestro país.

Necesitamos transformar los estudios de historia, en todos los sentidos, en la naturaleza de la

investigación histórica, en los procedimientos de la enseñanza de la historia. Esto tiene una importancia esencial para que la nación logre entenderse a sí misma y para que podamos articular esfuerzos y compartir valores, para que podamos unificarnos como nación, entendiendo que no solo somos veintinueve o treinta millones de seres ocupando un espacio territorial, sino que esos seres compartimos un pasado que influye en nuestro comportamiento actual, en nuestras aspiraciones actuales, que la nacionalidad la hemos estado formando a través de varias generaciones, que la nación no existió porque sí, de manera espontánea, sino que ella es el fruto de un gigantesco proceso cultural, político, económico y social. Entonces podremos entender mucho más por qué existe Colombia, qué sentido tiene ser colombiano, qué le da razón de ser a la participación en esta sociedad y en este Estado.

Necesitamos que el sistema educativo también examine su papel en la divulgación y en la interpretación de las instituciones políticas, del sistema político, para entender los derechos y deberes que se expresan en ese sistema o que ese sistema pretende realizar; necesitamos del mismo modo unos mayores conocimientos de economía proporcionados a todos los colombianos para poder entender nuestro país y para poder captar nuestros derechos y poder cumplir nuestras responsabilidades. La economía política, la historia, las instituciones políticas no deben ser conocimientos de especialistas: son materias indispensables para poder organizar una sociedad

democrática, y para poder vivir en condiciones de libertad, e igualdad, justicia y responsabilidad. También necesitamos, por las realidades de hoy y del futuro, una educación que haga énfasis en la formación tecnológica y en la formación ecológica por todo lo que ello implica en la organización social y en el proceso general del país.

Educación para el ejercicio político

Educación política y educación para la política son cosas afines pero distintas; no hay que confundir educación política con el adoctrinamiento, esas son informaciones necesarias, los sistemas ideológicos, los ordenamientos de ideas, las escalas de valores que guían o inspiran las distintas ideologías pues tienen sentido en el adoctrinamiento para que cada uno de ellos escoja sus preferencias. Pero mucho más importante es la educación para la política, la dirigida a crear una capacidad de reflexión, que respete la libre decisión individual sobre cuáles son las preferencias políticas. Yo siempre he citado un antecedente que me ha causado profunda impresión, que me ha guiado en el trabajo político en estos años. Fue lo que le ocurrió a uno de los más grandes sabios de la humanidad, a uno de los genios científicos más importantes –Albert Einstein–, quien, hace un poco más de cuarenta años cuando estalló la primera bomba atómica, sufrió una profunda conmoción en sus valores humanos y políticos; Einstein, que había trabajado como científico en el proceso de elaboración conceptual y teórica de lo que debía ser la

desintegración del átomo, encontró que involuntariamente él había contribuido a que apareciera un arma capaz de destruir a la especie. En ese momento él comprendió que siendo un científico tenía que ser también un hombre político, comprometido con la humanidad, con responsabilidades ante la humanidad y entonces vio que la única manera de defender a la humanidad del riesgo del holocausto final era trabajar con un gobierno mundial, considerando que cualquier gobierno de un solo Estado que tuviera la bomba atómica exponía a la humanidad a una conflagración definitiva. La única manera de estar realmente seguros de no llegar a ese holocausto final era organizar un gobierno mundial. Entonces Einstein se dedicó a buscar a los más importantes personajes científicos de su época para comprometerlos en esa lucha y muchos de ellos lo apoyaron, pero alguien le preguntó a Einstein en una carta: ¿Cuál es la ideología que usted defiende, buscando como una especie de catecismo político que le organizara las ideas y, sobre todo, los problemas sociales y políticos? Y él contestó: “Yo no tengo ningún catecismo político y no creo en un catecismo político porque pienso que las sociedades cambian, evolucionan, cada una de ellas tiene sus peculiares circunstancias y factores que determinan sus realidades”.

Lo que hay que hacer es formar a los seres humanos con mentalidad analítica e inculcarles valores de responsabilidad y solidaridad social; lo demás llega por añadidura. Si los seres humanos logran adquirir una mentalidad analítica y crítica nadie los puede oprimir, nadie los pue-

de explotar. Si los seres humanos tienen una mentalidad analítica y crítica y tienen valores de solidaridad social, se pueden articular los deberes y derechos de todos. Ese debe ser el sentido de la preparación para una política, el no hacerlo por un adoctrinamiento dogmático, inflexible, sectario, sino trabajando para un desarrollo de principios y valores que sean analizados libre y reflexivamente por cada ser humano. Porque existe la tentación del dogma político, la de proponerle a un pueblo una fórmula como si ella automáticamente pudiera garantizarle la superación de sus problemas. En cada momento de la vida de una sociedad, de un país, pueden existir temas, criterios, perspectivas que deben ser atendidos y considerados en la interpretación de la realidad de ese país; pero la dinámica misma de los cambios sociales fácilmente vuelven obsoleto lo que se considera en un momento dado verdades suficientes y completas para organizar política, social y económicamente una nación.

Cada vez más viviremos en una sociedad internacional, cada vez más serán más intensas y significativas las interrelaciones entre los pueblos en todos los temas, y debemos preparar al ser humano para desempeñarse en la sociedad de esta época y en la que podemos advertir que se avecina, con una perspectiva internacional pluralista.

La educación como unificadora del país

Los colombianos necesitamos que nuestro sistema educativo tenga una acción unificadora de la nación.

Europa que es multilingüística, que es multicultural, que tiene tanta diversidad dentro de ella, se está unificando en su economía, en su organización social y en su organización política; ya no es una utopía pensar en los EE.UU. de Europa, ya hay inclusive un calendario de la búsqueda de esa nueva organización social y estatal.

Con la meta de la unión, los europeos han hecho, a través de sus programas educativos, planes específicos para luchar contra la xenofobia y contra la intolerancia, entendiendo que es el sistema educativo el que más puede contribuir a que haya un respeto recíproco y a que haya una capacidad de convivencia. Israel es muy especial porque tiene un elemento unificador en sus valores religiosos, bien lo sabemos, sin embargo, entre los tres millones y medio de judíos que hoy viven en Israel hay ciudadanos provenientes de ochenta y dos países distintos, que en virtud de la diáspora durante muchas generaciones estuvieron localizados o en el norte de África o en América o en las más diversas regiones del mundo, y, sin embargo, hoy entienden que ellos tienen que lograr, al tiempo que la unidad nacional, el respeto y la supervivencia de esos valores adquiridos por muchas generaciones de judíos, en los escenarios y circunstancias que ellos vivieron, y entonces para ese empeño el sistema educativo en Israel tiene unas responsabilidades especiales.

Nosotros necesitamos que nuestro sistema educativo tenga la posibilidad a la vez de transmitir un

patrimonio común de conocimientos y de respetar las diversidades culturales que dentro de nuestras propias circunstancias tenemos nosotros los colombianos; hay realidades culturales muy peculiares en el país, propias de las dimensiones de nuestro territorio y de las dificultades de comunicación durante muchas generaciones, y en esa diversidad cultural Colombia tiene una riqueza que debe preservar y que no es incompatible con la unidad de la nación sino que debe ser complementaria de ella.

Es fundamental recordar y subrayar que toda la sociedad es educadora, y que son educadores en primer lugar las propias familias. Es allí donde se crea la primera escala de valores; lo es también el escenario de trabajo, lo es la misma realidad urbana, lo son los medios de comunicación como es apenas obvio señalarlo. Detrás de la familia, de la empresa, de la ciudad, de los medios de comunicación, siempre hay una jerarquía de valores implícita que influye en los comportamientos, en la orientación educativa, en las características de todo lo que educa.

En una sociedad como la nuestra, necesitamos también que dentro del sistema educativo (en donde existe la educación pública, responsabilidad del Estado, y la educación privada que expresa la libertad de enseñanza) se tenga en mente —especialmente en la educación privada— una capacidad de integración social. Que no sea la educación privada un elemento de desintegración social sino, por el contrario, un elemento de unidad, de integración social. Aquí hay un reto importante y de-

cisivo para poder establecer si en verdad el sistema educativo quiere unificar a la nación, si es capaz de unificarla, de integrarla o, por el contrario, si el sistema educativo como reflejo de otras realidades sociales, de otros intereses sociales, de otros condicionamientos sociales, lo que hace es dividir a los colombianos, separarlos creando condiciones de privilegios para unos y de discriminación para otros.

Necesitamos naturalmente pensar en el magisterio, en los educadores, y pensar en ellos como protagonistas indispensables del proceso, en su formación, en que sean verdaderos educadores más que especialistas en la transmisión de conocimientos programados. Estoy seguro de que los educadores de hoy manejan estos criterios con mayor claridad y mejor intención que los educadores de hace veinte o treinta años. Hablo en términos generales, porque la sociedad ha ido comprendiendo la necesidad de contar con educadores mucho más calificados. Hablo de la totalidad del sistema educativo. No hay que olvidar que en 1968 en un censo resultó que entre los maestros de primaria en Colombia había más de ochocientos que no sabían escribir ni leer, lo cual da una idea de qué era lo que pasaba en el nivel de los educadores de esa época. Hoy la sociedad tiene otro nivel, otro punto de partida en el promedio de sus educadores, pero aún la sociedad no comprende ni aprecia lo que significa el educador.

Tenemos en Colombia un problema en relación con ciertas funciones esenciales de la sociedad; necesita-

mos dignificar social y económicamente al docente, exaltar la profesión y el primero que tiene que exaltarla es el propio educador, porque siempre se ha dicho que el mejor medio para educar es el ejemplo, se educa por ejemplo y en nuestro país, en los últimos veinticinco o treinta años, no siempre los educadores han acudido a la persuasión y con mucha frecuencia han acudido a las vías de hecho entrando en contradicción con la sociedad. No lo digo para recriminarlos porque muchas veces no ha sido culpa de ellos, en cuanto que hay una organización estatal deficiente en la administración de la educación, pero el hecho de que el maestro se acostumbre a utilizar las vías de hecho, va generando también una escala de valores en el resto de la sociedad, va haciendo creer a las nuevas generaciones que lo único que sirve para cambiar las cosas en el país es utilizar las vías de hecho, que no tenemos una sociedad organizada en torno de una definición verdadera de derechos y responsabilidades, que no podemos reconocer en el Estado una capacidad de manejo de los conflictos en los distintos procesos sociales.

Educación rural

Es muy importante también pensar en la educación campesina y en la educación en general; en la educación rural porque eso tiene que ver con la violencia en Colombia. La geografía de la violencia del país coincide en un alto grado con zonas del territorio nacional en donde la presencia del Estado es muy precaria, zonas de reciente colonización, y en donde los servicios del Estado, los servicios sociales, son muy difíciles.

No se trata de señalar que automáticamente la ignorancia se traduce en violencia, pero es un ingrediente. La injusticia que existe en relación con la educación campesina es fundamental, es discriminatoria; el promedio de escolaridad en el campo en Colombia es inmensamente inferior al promedio de escolaridad urbana y todos los elementos educativos que rodean al campesino, ya no los formales sino los informales, son inferiores a los que existen en el medio urbano. En los últimos treinta años, según señaló una investigación del Ministerio de Agricultura, el 95% de la inversión del Estado se aplicó a zonas urbanas, y tan solo el 5% a zonas rurales: esto también ha tenido que ver con la injusticia, con la violencia, con las desigualdades que hay en el país y que afectan las zonas rurales. Puede ser que la violencia se dé en zonas urbanas, como es el caso de Medellín, pero eso de urbano es muy relativo porque se

trata precisamente de poblaciones de reciente migración que pueden estar en el escenario urbano pero que aún no han sido integrados a él, no han adquirido los valores de convivencia en el escenario urbano porque la realidad económica, social y política de esa ciudad o de esas ciudades aún no ha integrado a esa persona; ese es el caso de Medellín, de los sicarios, eso tiene que ver con esta injusticia, es una secuela, un reflejo de la injusticia existente contra las zonas rurales del país. Parte fundamental del proceso de cambio del país está allí, en el esfuerzo que haga la nación por hacerles justicia a los campesinos en todos los sentidos, en todos los elementos relacionados con la modernización, de sus condiciones de vida, uno de ellos naturalmente es el sistema educativo, por los atrasos y carencias del mismo.